

PRIMERAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
30, 31 de mayo y 1 de junio del 2007
La Falda - Córdoba

Mesa 11: El mundo de los trabajadores: espacios, actores, cultura y conflictos

Autora: Queirolo Graciela

Inserción Institucional: UBA UTDT

Dirección particular: Ciudad de La Paz 589 7° B (1426) BS. AS.
graciela.queirolo@gmail.com

Título:

“Malos pasos” y “promociones”. Aproximaciones al trabajo femenino asalariado desde la historia y la literatura (Buenos Aires, 1919-1939)

Los cambios modernizadores que afectaron a la sociedad argentina desde las últimas décadas del siglo XIX tuvieron entre tantas resultantes la visibilización del trabajo femenino asalariado, aspecto que en la actualidad ha sido abordado por diversas disciplinas como la sociología y la historia. Dentro de ésta ocupan un lugar destacado los estudios que han problematizado las condiciones de trabajo, las experiencias laborales de las trabajadoras y las situaciones de protesta social. De acuerdo con estas líneas, las obreras han atraído a las investigaciones de manera predominante¹, aunque no exclusiva, puesto que maestras y telefonistas han sido objeto de análisis². Fundamentados en importantes fuentes como censos, legajos de personal, entrevistas en

¹ Mercado Matilde Alejandra, *La primera ley de trabajo femenino. “La mujer obrera” (1890-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1988. Feijóo María del Carmen, “Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo”, en Armus Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, pp. 282-311. Badoza Silvia, “El ingreso de la mano de obra femenina y los trabajadores calificados en la industria gráfica”, en Knecher Lidia, Panaia Marta (compilación), *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1994, pp. 290-300. ROCCHI Fernando, “Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930”, en Fernanda GIL LOZANO, Valeria PITA, Gabriela INI (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Taurus, Buenos Aires, 2000, pp. 222-243. Mirta LOBATO, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera. Berisso (1904-1970)*, Prometeo Libros/Entrepasados, Buenos Aires, 2001. LAVRIN Asunción, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, DIBAM, Santiago de Chile, 2005.

² MORGADE Graciela, “La docencia para las mujeres: una alternativa contradictoria en el camino de los saberes legítimos”, en Graciela MORGADE (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en Argentina (1870-1930)*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 1997, pp. 67-114, YANNOULAS Silvia, “Maestras de antaño: ¿mujeres tradicionales? Brasil y Argentina (1870-1930)”, en Graciela MORGADE (comp.), *Op. Cit.*, pp. 175-191, BARRANCOS Dora, “¿Mujeres comunicadas? Las trabajadoras telefónicas en las décadas de 1930-1940”, en Hilda Beatriz GARRIDO, María Celia BRAVO, (coord.), *Temas de Mujeres, Perspectivas de Género. IV Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, CEHIM, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1998, pp. 443-457. BARRANCOS Dora, “Vida íntima, escándalo público: las telefonistas en las décadas 1930 y 1940”, en *Mujeres en escena, Actas de las Quintas Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 2000, pp. 487-493.

profundidad, prensa de asociaciones políticas, confesionales y feministas, documentos oficiales, legislación pública, tales estudios han llegado a conclusiones que han aumentado y enriquecido los conocimientos del mundo del trabajo.

En línea con lo anterior, nos proponemos incorporar las fuentes literarias a los análisis del mundo del trabajo, con el objetivo de indagar en las representaciones creadas por ellas en torno al trabajo femenino. Dentro del amplio universo del mundo de las letras, hemos seleccionado ciertos bienes de la cultura de masas –poesías y novelas- que reúnen la característica de que sus protagonistas son mujeres que practican tareas asalariadas.

La problematización del trabajo asalariado de las mujeres se encuadró en una serie de procesos modernizadores –inmigración, mercado interno, mercado de trabajo, ascenso social, alfabetización- dentro de los cuales la *ideología de la domesticidad*³ materializada en diversos discursos sociales, definió la identidad femenina normativa a partir de la maternidad, el hogar y el matrimonio heterosexual, al tiempo que atribuyó al trabajo asalariado de las mujeres un carácter excepcional. Así, las producciones de la cultura de masas conformaron un discurso literario que reprodujo *la ideología de la domesticidad* en las representaciones del “mal paso”. En ellas se asociaba el trabajo femenino con conductas sexuales incorrectas que alejaban a las mujeres de la identidad normativizada.

De esta manera, las producciones de la cultura de masas conformaron representaciones que actuaban en los procesos sociales de significación, los que eran mediados por los cambios socioeconómicos que a su vez actuaban de referente de los relatos ficcionales. En toda operación de construcción de sentido hay tensiones en sus componentes. Así, en los mismos bienes culturales seleccionados, aparecen junto al “mal paso” otras representaciones que en cierta medida cuestionaron los principios hegemónicos de la domesticidad. Se trata de representaciones de la promoción individual de las trabajadoras, lo cual las aleja de la estigmatización porque se asocia el trabajo femenino

³ El concepto ideología de la domesticidad ha sido desarrollado por Joan Scott y Mary Nash en sus análisis de las sociedades europeas. Ver Nash Mary, “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación”, en J. Paniagua, J. Piqueras y V. Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Biblioteca Historia Social, Valencia, 1999, pp. 47-68, Nash Mary, “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del Siglo XIX”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 612-623, Nash Mary, “Maternidad, maternología y reforma eugénica en España, 1900-1939”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 5. El siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 687-708, Scott Joan, “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 427-461.

con mejoras relativas tanto materiales como sociales. Indagar en estas tensiones permite abordar las complejidades que acechaban a las concepciones sobre el trabajo femenino.

1. El escenario del trabajo femenino asalariado: modernización y domesticidad

Hacia la década de 1920, en la ciudad de Buenos Aires, el trabajo femenino asalariado dibujaba un mundo de difusos contornos que combinaba un heterogéneo conjunto de actividades. Esta heterogeneidad se constituía a partir de las diferentes tareas desempeñadas, de los espacios de realización, de los tiempos destinados, de las capacidades poseídas y requeridas, así como también, de los reconocimientos sociales atribuidos. No obstante, esta heterogeneidad era matizada por dos características comunes a todas las actividades. Por un lado, aquéllas que practicaban cualquiera de las tareas mencionadas recibían a cambio una remuneración monetaria. Por otro lado, un conjunto de discursos sociales adversos y condenatorios significaba las actividades asalariadas de las mujeres gracias a la reproducción de la *ideología de la domesticidad* cuyos principios maternalizaban a las mujeres, es decir, concebían a la maternidad como una identidad femenina exclusiva y por lo tanto incompatible con cualquier otra actividad, en especial la laboral.⁴

Ahora bien, tanto las diferencias como las similitudes de las actividades femeninas asalariadas daban especificidad a la oferta y demanda de mujeres en un mercado de trabajo cuya vitalidad se asociaba estrechamente con una economía urbana dinámica y expansiva promovida por un proceso de modernización socioeconómica. Esta modernización había comenzado en las últimas décadas del siglo XIX, cuando la Argentina se había integrado al mercado mundial como una economía productora de bienes primarios y receptora de capitales extranjeros. La crisis económica internacional iniciada en 1929, a pesar de que promovió nuevas direcciones a la economía nacional, mantuvo, con otros ritmos, el dinamismo de la economía urbana.

La expansión de la economía urbana estimuló los procesos migratorios protagonizados por mujeres y varones a la búsqueda de una calidad de vida superior a la de sus lugares de origen.⁵ En un primer momento se produjo la llegada de inmigrantes transoceánicos.

⁴ Nari Marcela, *Políticas de maternidad y maternalismo político, Buenos Aires (1890-1940)*, Biblos, Buenos Aires, 2005.

⁵ Recchini de Lattes Zulma, "La población: crecimiento explosivo y desaceleración, 1855-1980", en ROMERO, José Luis, ROMERO, Luis Alberto (dir.): *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Vol. II,

Ellos incrementaron notablemente la población nacional y, en especial, la de la ciudad de Buenos Aires. Hacia 1930 la nueva crisis internacional puso fin a la inmigración transoceánica para dar lugar al proceso de migraciones de las provincias del interior.⁶

El dinamismo de la economía de la ciudad de Buenos Aires se tradujo en la expansión de un mercado interno que fue abastecido tanto por bienes importados como por el desarrollo de un sector secundario integrado por fábricas y talleres. Por su parte, esto fue acompañado por el crecimiento del sector terciario que abasteció a la ciudad de servicios comerciales, educativos, sanitarios, administrativos y domésticos. Las mujeres y los varones recién llegados, junto con sus descendientes, integraron el mundo del trabajo que ofreció mano de obra para satisfacer la demanda expansiva de ambos sectores, mientras que actuaron como consumidores de los bienes secundarios y de los servicios terciarios, estimulando así su crecimiento. De esta manera, mercado interno, mercado de trabajo y movimientos migratorios, se imbricaron con el proceso de urbanización visibilizado en la emergencia de nuevos suburbios barriales.

La urbanización porteña se vinculó a una sociedad abierta en donde el ascenso social era deseable y posible de materializar para quienes fueran capaces de aprovechar las distintas oportunidades que se ofrecían, tanto a mujeres como a varones. El ascenso social fue un proceso individual que involucró a todo el grupo familiar y que se concretó no sólo con la casa propia, sino también con la educación de los hijos e incluso de las hijas, o bien, con un pequeño emprendimiento comercial o productivo. Por supuesto, no todos triunfaron en esta aventura contingente, y la cuestión social con sus problemas de salarios, viviendas, condiciones laborales y protestas, estuvo presente a lo largo de todos estos años.⁷

En este contexto, el trabajo asalariado de las mujeres, en su papel de hijas o de esposas, adquirió importancia dentro del presupuesto de la familia. En la carrera de la promoción social del grupo familiar, los ingresos aportados por las mujeres y los hijos e hijas -tanto niños como adolescentes-, se sumaron a los ingresos de los esposos y engrosaron el poder adquisitivo. Pero también se destacó la importancia de los salarios femeninos en aquellos grupos familiares en los que el déficit presupuestario era una amenaza

Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, pp. 241-254. Torrado Susana, *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2003, pp. 82-126.

⁶ Romero, José Luis, "La ciudad burguesa". En ROMERO, José Luis, ROMERO, Luis Alberto (dir.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos. Vol. II*, Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, p. 9. Sarlo Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, p. 18.

⁷ Suriano Juan, "Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina", en Suriano Juan (compilador), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2000, pp. 1-29.

constante, lo cual atentaba contra la subsistencia cotidiana. Por otra parte, muchas mujeres solas, es decir sin marido debido a situaciones de separación o abandono, o bien de viudez, estuvieron a cargo de sus grupos familiares manteniendo con sus ingresos monetarios a hijos y otros miembros a cargo (ancianos, enfermos, hermanos pequeños, por ejemplo).

De acuerdo con lo anterior, el trabajo femenino asalariado se encuadraba dentro de situaciones de ascenso social del grupo familiar, subsistencia cotidiana de las familias, o bien jefaturas de hogares. Sin embargo, la *ideología de la domesticidad*, cuyos principios se materializaron en múltiples discursos sociales, significó el trabajo femenino asalariado con concepciones adversas y hasta hostiles. De esta manera, la identidad femenina o feminidad se cimentaba por la maternidad, mientras que la identidad masculina o masculinidad se cimentaba por la provisión material. La “mujer madre” y el “hombre proveedor” fueron dos estereotipos que delimitaron tanto distintas actividades a realizar como diferentes ámbitos de acción. Así la “mujer madre” desempeñaría los quehaceres domésticos, la crianza de la descendencia y el cuidado de enfermos y ancianos, en el mundo privado del hogar, mientras que el “hombre proveedor” realizaría el trabajo asalariado y el ejercicio de sus obligaciones ciudadanas, en el mundo público de la calle.

En sintonía con estos principios, el trabajo femenino asalariado fue concebido como una actividad *excepcional* justificada por situaciones de necesidad debidas a una condición de soltería, de separación, de viudez o de ingresos insuficientes del marido. La *transitoriedad*, es decir la realización de actividades asalariadas por un período de la vida, y la *complementariedad*, es decir, la concepción de complemento del presupuesto familiar sostenido por el hombre, reforzaron el principio de excepcionalidad.

Dentro de los múltiples discursos sociales que crearon al tiempo que difundieron los principios de la *ideología de la domesticidad*, el discurso médico tuvo un lugar preeminente. A partir de instituciones, publicaciones y prácticas específicas, la corporación médica propagó un discurso que naturalizó las funciones reproductivas de las mujeres. Esta construcción se fundamentó en un determinismo biológico que concibió a los cuerpos femeninos como portadores de órganos maternos, creadores del instinto maternal. La sexualidad femenina se canalizó dentro de la obligación maternal,

mientras que se condenó cualquier otro uso de ella, ya fuera el placer o el empleo económico.⁸

El Estado adscribió a la *ideología de la domesticidad* desde su legislación. El Código Civil desconoció hasta 1926 muchos derechos civiles a las mujeres menores y casadas. A su vez, políticos defensores de variadas y hasta opuestas orientaciones políticas reclamaron por la protección legislativa de la madre trabajadora.⁹ Liberales, católicos y socialistas maternalizaron a las mujeres y mostraron su desacuerdo en mayor o menor medida con el trabajo femenino asalariado de las mujeres, al que responsabilizaron de los daños físicos sobre los cuerpos femeninos, que a futuro dañarían la calidad de la población nacional.

Junto con el discurso médico y legal, los principios de la *domesticidad* se crearon al tiempo que se difundieron por otros variados discursos sociales. Así, el discurso educativo hizo su aporte a través de la legislación -la ley 1420 planificó la sociabilización de las niñas y de los niños en saberes diversos-, las materias curriculares -la *economía doméstica*, fue una disciplina femenina-, los materiales de estudio -los libros de texto-.¹⁰ Por su parte, la publicidad gráfica ofreció productos que prometían una mayor eficiencia femenina en la realización de las actividades del hogar. Las secciones femeninas de la prensa y de las revistas de circulación masiva contaron con una “columna femenina” desde donde se aconsejaba a las amas de casa y a las “jóvenes casaderas”.¹¹ La literatura de masas -poesías, novelas- creó el estereotipo del “mal paso”, que estableció asociaciones entre el trabajo femenino asalariado y conductas sexuales incorrectas, que estigmatizaban a las mujeres. El “mal paso” fue retomado por los letritas de tango, los guionistas de cine y los autores teatrales.

⁸ Nari *Op. Cit.*, 2005. Nari Marcela, “Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad, y el debate médico, 1890-1940”, en Lobato Mirta (editora), *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en La Argentina*, Editorial Biblos, Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, 1996, pp. 150-189.

⁹ Marysa NAVARRO, Catalina WAINERMAN, "El trabajo de las mujeres: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX", *Cuadernos del CENEP*, Buenos Aires, n° 7, 1979, MERCADO, *Op. Cit.* 1988, FEIJÓO, *Op. Cit.*, 1990, LAVRIN, *Op. Cit.*, 2005, NARI, *Op. Cit.*, 2005, LOBATO, "Lenguaje laboral (...)", *Op. Cit.*, 2000, LOBATO, "Entre la protección (...)", *Op. Cit.*, 2000. Marcela NARI, "Maternidad, política y feminismo", en Fernanda GIL LOZANO, Valeria PITA, Gabriela INI (dir.), *Op. Cit.*, 2000, pp. 196-221.

¹⁰ Nari Marcela, "La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica)", en *Revista Mora*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Agosto 1995, p 36. Barck de Rajzman Rebeca, Wainerman Catalina H, *Sexismo en los libros de lectura de la Escuela Primaria*, Ediciones del IDES, Buenos Aires, 1987.

¹¹ Diz Tania, *Alfonsina periodista. Ironía, y sexualidad en la prensa argentina (1915-1925)*, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2006, pp. 25-54.

Ahora bien, a pesar de todo lo expuesto, desde fines de la década de 1970, las investigaciones y los análisis realizados por la comunidad académica, han mostrado la complejidad del mundo del trabajo femenino, ya que las mujeres obtenían ingresos monetarios a través de la participación en variadas actividades con diferentes características.

En el sector secundario, los establecimientos industriales contrataban mujeres conocidas como obreras o “fabriquetas”. Así, las grandes fábricas, unidades en donde predominaban la mecanización y la división de tareas del proceso productivo, empleaban mujeres en actividades determinadas, dando lugar a la feminización de ciertas actividades, proceso asociado con la segmentación genérica de la producción. Las industrias alimenticias y químicas emplearon mujeres como empaquetadoras, involucradas y etiquetadoras, mientras que los establecimientos textiles contrataron tejedoras e hilanderas, y los gráficos encuadernadoras. En general, muchas de estas actividades no requerían ninguna calificación específica ya que las tareas se aprendían en la práctica diaria con el asesoramiento de otra trabajadora o de algún superior.¹²

Dentro del sector secundario, también se encontraban los talleres cuya diferencia de las fábricas radicaba tanto en la menor cantidad de mano de obra empleada como en la menor escala productiva desarrollada. Los talleres de confección de prendas de vestir convocaron costureras cuya especialización dio vida al laberíntico mundo de zurcidoras, pantaloneras, cortadoras, vainilladoras, overloquistas, bordadoras, corseteras, sombrereras. Por su parte, los talleres de confección de calzados contrataron aparadoras. Las habilidades de costura se adquirían de diferentes maneras. Una posibilidad era la transmisión de saberes de una generación de mujeres a otra. Otra posibilidad era la educación formal que brindaba la escuela primaria a partir del dictado de la economía doméstica. Finalmente se hallaba la educación informal que impartían los institutos o academias a través de cursos breves que ofrecían el aprendizaje de un oficio y la salida laboral efectiva.

Tanto la fábrica como el taller implicaban una gran cantidad de horas fuera del lugar de residencia. Una alternativa que permitía permanecer en la vivienda, era el trabajo a domicilio o sistema de sudor (*sweating system*). En éste, una fábrica, un taller o una casa comercial, encargaba a costureras o aparadoras la confección de ciertos productos que eran retribuidos por pieza producida. Se suponía que si las mujeres realizaban el

¹² A estas conclusiones llega el estudio de Mirta Lobato sobre las industrias frigoríficas. Ver Lobato, *Op. Cit.*, pp., 131-153

trabajo en sus domicilios, podían alternarlo con éxito con los quehaceres domésticos y maternales. Sin embargo, la remuneración a destajo era tan baja que para conseguir una cantidad de dinero significativa, las mujeres debían dedicarse exclusivamente a las tareas para el mercado, lo cual se traducía en largas jornadas laborales y en la imposibilidad de atender el hogar y los hijos.

En el sector terciario, el servicio doméstico convocó a cocineras, mucamas, planchadoras, lavanderas, nodrizas y niñeras. Éstas podían emplearse “con cama”, es decir, instalándose permanentemente en su lugar de trabajo y dejando sus propios hogares por largos períodos, o bien “por horas”, lo que les permitía combinar distintos empleos y hacer un uso más flexible del tiempo. En el caso de las lavanderas y de las planchadoras, existían talleres que las contrataban en calidad de oficiales, situación que les imponía una larga jornada fuera de su vivienda particular. Todas estas tareas concebidas como femeninas por la ideología de la domesticidad, se adquirían en la práctica cotidiana desde la niñez, aunque ciertas exigencias demandadas por los avisos clasificados evidencian la falta de aptitud de ciertas mujeres para algunas tareas domésticas, lo cual cuestiona el carácter de natural y subraya la acción del aprendizaje. Es el caso de las cocineras cuyo pedido –“se necesita cocinera”-aparece muchas veces seguido de la fórmula “que sepa su oficio”. De esto se infiere que algunas mujeres que buscaban empleo podían presentarse a ciertos puestos sin conocer la tarea solicitada.

Por otra parte, el sector terciario contrataba mujeres en distintas actividades que requerían algún tipo de capacitación formal o informal. Dentro del sector de las telecomunicaciones, las mujeres fueron contratadas como telefonistas para atender los conmutadores que transferían las llamadas. Las operadoras telefónicas, realizaban un entrenamiento a manos de supervisoras de la compañía. La expansión del comercio minorista dio lugar a la demanda de vendedoras, cajeras y corredoras de productos específicos. Estos empleos requerían una alfabetización mínima, adquirida previo pasaje por la escuela primaria, aunque no se hubiera completado el ciclo de estudios. Los sectores administrativos contrataron mujeres como dactilógrafas, taquígrafas, o auxiliares contables. En estos casos, a la educación formal brindada por la escuela primaria, se sumaba la educación informal impartida por academias o institutos. Ésta formación consistía en cursos breves que completaban las habilidades de la alfabetización elemental. Todas estas actividades laborales se desempeñaban fuera del lugar de residencia bajo cargas horarias extensas.

En el rubro sanitario, las mujeres fueron enfermeras, parteras y asistentes sociales, profesiones que implicaban la formación en alguna institución específica.¹³ Por otra parte, en el ámbito educativo las mujeres ejercieron la ocupación de maestras de escuela primaria. A la educación primaria se sumó la educación secundaria que consistía en la finalización de la escuela normal. Las maestras ejercían su profesión fuera de su hogar, pero podían optar por una media jornada, situación que les asignaba disponibilidad de tiempo. Un uso posible de éste era el dictado de clases particulares, impartidas en su casa o en el domicilio del alumno o de la alumna. Dentro del sector educativo, también existía un amplio universo de profesoras particulares que dictaban clases de diversas disciplinas como idiomas, solfeo y materias de escuela media.

Como ya argumentamos, la ideología de la domesticidad concibió como negativo el trabajo femenino asalariado. Sin embargo la concurrencia diaria de las mujeres a sus actividades laborales cuestionó tales principios. Por otro lado, las variadas actividades que desempeñaron las mujeres en el mercado de trabajo recibieron una escala de valores que les asignaban distintos reconocimientos sociales, porque practicar una u otra actividad se relacionaba con un lugar en la estructura social. Así las tareas femeninas integraban una escalera ascendente de prestigio que seguía este orden: domésticas, obreras, telefonistas, vendedoras, administrativas, maestras. Las ocupaciones menos prestigiosas se asociaban con situaciones de pobreza así como también, con representaciones más cercanas a la sexualidad indebida, mientras que las ocupaciones más prestigiosas se asociaban con una mayor holgura económica y con representaciones que defendían una cierta promoción social de las trabajadoras. Éstas últimas cuestionaron aún más, los principios de la ideología de la domesticidad. Por supuesto, que el mayor prestigio junto con el máximo reconocimiento social legitimado para las mujeres, lo otorgaban el matrimonio heterosexual y la maternidad, a lo que se sumaba el abandono del mundo del trabajo.

2. “Malos pasos”, “caídas”, “sacrificios”.

La imagen del “mal paso” ha sido empleada por algunas interpretaciones historiográficas cuando explican dos particulares procesos sociales. Por un lado, los

¹³ Binstock Georgina, Wainerman Catalina, "El nacimiento de una ocupación femenina: la enfermería en Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, Vol. 32, n° 126, Julio-Septiembre 1992, pp. 271-284. Nari, *Op. Cit.*, 2005.

historiadores que estudian el proceso de movilidad social y sus éxitos y precariedades.¹⁴ Por otro lado, las historiadoras que estudian el mundo del trabajo femenino señalan como relevante para la época la preocupación por la integridad no sólo física sino también moral de las trabajadoras. Cuando explican en qué consistía la preocupación por la integridad física se refieren a la salud o al cuidado de los cuerpos femeninos para evitar el daño de la capacidad reproductiva. A su vez, para explicar la preocupación por la integridad moral, acuden a la imagen del “mal paso” o a alguna otra imagen similar.¹⁵ El “mal paso” es una imagen femenina porque sólo las mujeres lo cometen. De acuerdo con lo ya expuesto, creemos que en la explicación de la imagen del “mal paso” se combinan dos procesos sociales: la movilidad social y la sexualidad femenina. Éstos se entretienen con el mundo del trabajo de las mujeres, aunque no de manera exclusiva ya que por una parte, no sólo las trabajadoras dan el “mal paso”, y por otra parte, ni siempre es el mundo del trabajo lo que determina que las trabajadoras lo den.

2. a. El “mal paso” y su definición

El “mal paso” es una metáfora que Evaristo Carriego acuñó en su poema “La costurerita que dio aquel mal paso”.

La protagonista del poema es una joven soltera que reside en un barrio de la ciudad y trabaja en un taller de costura. Tanto el ámbito laboral representado en la “maldad insufrible / de las compañeras”, como el ámbito barrial introducido a través de “las conversaciones” y las “murmuraciones”, promueven la descalificación social de la protagonista al instalar las sospechas sobre la práctica de su sexualidad. El “mal paso” de la joven consiste en fugarse de su hogar producto de la seducción por parte de un hombre. Así, “la costurerita (...) dejó la casa para no volver”. Por último, el personaje

¹⁴ Romero José Luis, Op. Cit.; Halperín Donghi Tulio, “Una ciudad entra en el siglo XX”, en Gutman Margarita, Reese Thomas (edit.), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, CEA UBA EUDEBA, 1999, p 55-66; Armus Diego, “El Viaje al Centro, Tísicas, Costureritas y Milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Tercera Serie, n° 22, 2do semestre de 2000, FFYL, UBA, FCE, Buenos Aires, pp. 101-124.

¹⁵ Grammatico Karin, “Obreras, prostitutas y mal venéreo. Un estado en busca de la profilaxis”, en Gil Lozano Fernanda, Pita Valeria, Ini Gabriela (directoras), *Historia de las mujeres en la Argentina*, tomo 2, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 114 -133; Nari, Op. Cit., 2005; Lavrin Asunción, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Santiago de Chile, DIBAM, 2005.

masculino completa su engaño amoroso con el abandono de la joven: “el sinvergüenza que no la hizo caso / después...”¹⁶.

La identidad de la protagonista del poema se designa a partir de su ocupación en el mercado de trabajo. Sin embargo, no es la participación en el mercado de trabajo la causa de su desliz sexual y su fuga del hogar, sino el engaño amoroso. Carriego victimiza a la protagonista a través del recurso de la infantilización, presente en el uso del diminutivo “costurerita”. Esto permite establecer asociaciones con características de vulnerabilidad e ingenuidad de la subjetividad de la joven. Así, la infantilización habilita el engaño perpetrado por un hombre inescrupuloso, característica que se desprende del calificativo de “sinvergüenza”. Por lo tanto, la protagonista se fuga de su casa debido a su condición de debilidad asociada a sus identidades genérica y etaria lo que la somete a los deseos de su seductor y le impide comprender qué es socialmente correcto y qué no, incompreensión que se representa en la afirmación de la falta de necesidad para perpetrar la fuga:

“La costurerita que dio aquel mal paso...
-lo peor de todo sin necesidad-“

De esta manera, la metáfora del “mal paso” constituye una sintética representación con dos componentes condenatorios: el estigma social de la sospecha de una conducta sexual extramatrimonial -en consecuencia incorrecta-, y la fuga del hogar.

2. b. El “mal paso” y la prostitución

Los estigmas atribuidos a las mujeres por una conducta sexual fuera del matrimonio heterosexual y por la fuga del hogar son retomados en la novela *Nacha Regules* que Manuel Gálvez publica en 1919.

La construcción del relato biográfico de Ignacia Regules -Nacha, la protagonista-, se inicia con el engaño amoroso perpetrado por el seductor quien la cautivará hasta llegar al ultraje:

“Yo tenía veinte años, pero era una chica. (...). Belisario consiguió enamorarme. Lo consideré mi novio, y no dudaba que se casaría conmigo. (...) Convinimos en

¹⁶ Sarlo Sabajanes Beatriz, *Evaristo Carriego y otros poetas*, CEAL, Buenos Aires, 1968.

encontrarnos a la tarde en la plaza del Once (...). Me hizo subir a un coche y me llevó muy lejos (...). Yo no me imaginaba sus planes. Intentó la violencia contra mí, yo me defendí, lloré. Todo fue inútil. Él era fuerte, hábil y yo estaba enamorada. ¿Qué otra cosa podía suceder sino lo que sucedió?”¹⁷.

Al igual que la costurerita, Nacha es infantilizada (“era una chica”), situación que la vuelve ingenua (“no me imaginaba sus planes”; “yo estaba enamorada”) y por lo tanto, vulnerable, para convertirse en la víctima de la inescrupulosidad del seductor (“él era fuerte, hábil”). Los principios de la domesticidad pueden leerse en esta representación de la subjetividad de la protagonista: ella anhela casarse con su pretendiente (“no dudaba que se casaría conmigo”).

El relato biográfico de Nacha continúa con la fuga de la casa materna, luego de la vergüenza que le provoca su conducta sexual incorrecta (“Yo pensé que ante mi madre (...) ya estaba deshonrada”¹⁸); la convivencia con su seductor quien la incita al comercio sexual (“A los dos meses pretendió explotarme. Llevó al cuarto a algunos estudiantes que tenían plata, y me dejaba sola con ellos para que yo los enamorase”¹⁹); y el embarazo. En esta enumeración de adversidades, se destaca la maternidad como una situación positiva. A pesar de ser producto de una sexualidad extramatrimonial, el embarazo trae felicidad a Ignacia (“supe con alegría que iba a ser madre”²⁰). Sin embargo, el seductor quiere imponer un aborto, y ante la oposición de Nacha, decide abandonarla. Así se reinstala la adversidad: “el canalla pretendía que no dejásemos nacer a nuestro hijito. Discutimos, me pegó brutalmente, me abandonó”²¹. Tanto la realización individual a través de la maternidad como la condena de la protagonista hacia el aborto, ilustran un modelo de subjetividad permeado por el proceso de maternalización.

Finalmente, Nacha no logra materializar su maternidad (“me enfermé, fui al hospital, perdí a mi hijito”²²) y ante el abandono y la consiguiente soledad, ingresa al mundo del trabajo con el propósito de satisfacer sus necesidades materiales:

"Nacha refirió sus esfuerzos por trabajar y vivir decentemente. Entró en una tienda. Como no sabía hacer nada, le dieron la última categoría de las vendedoras. (...) Lo que ella ganaba era una miseria. El gerente le hizo el amor, amenazándola con

¹⁷ Gálvez Manuel, *Nacha Regules*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 41-42.

¹⁸ Gálvez, *Op. Cit.*, p 42.

¹⁹ Gálvez, *Op. Cit.*, p 42.

²⁰ Gálvez, *Op. Cit.*, p 42.

²¹ Gálvez, *Op. Cit.*, p 42

²² Gálvez, *Op. Cit.*, p 42

echarla si no se le entregaba. Las compañeras eran casi todas, víctimas como ella, pero habían resuelto su situación: tenían amantes que les daban dinero, o frecuentaban las casas de citas. Un día una de ellas le dijo que era inútil querer ser buena y resistir: todas caían, tarde o temprano, porque éste era el destino de las mujeres pobres. Era una excelente muchacha, trabajadora, (que necesitaba) acudir dos o tres veces por semana a cierta casa oculta donde iban señores serios. (...) Era inevitable que yo me perdiese, (...) las deudas, el hambre, (...) hasta la creencia absurda de que así me libraba del gerente contribuyeron a perderme. Y un domingo le pedí a mi amiga que me llevara a aquella casa..."²³.

La protagonista se propone desarrollar una vida dentro de los parámetros de conductas socialmente aceptables ("vivir decentemente", "ser buena"), es decir conductas alejadas de cualquier actividad sexual transgresora, a través de un trabajo asalariado en el sector comercial. Al carecer de capacitación ("no sabía hacer nada"), obtiene un puesto de vendedora sin jerarquía que le aporta un salario bajo con el que no cubre su presupuesto vital. Así, la solución ante los apremios económicos es la prostitución, actividad metaforizada en las expresiones de caer ("todas caían") y perderse ("era inevitable que yo me perdiese"). En definitiva, es la imperiosa necesidad material ("las deudas, el hambre"), que el mundo del trabajo no soluciona para las trabajadoras de la jerarquía de Nacha ("mujeres pobres"), lo que las empuja a la prostitución. Por otra parte, la necesidad económica se relaciona con los acosos sexuales de los empleadores quienes presionan a sus empleadas para obtener favores sexuales bajo la extorsión de un eventual despido ("el gerente le hizo el amor, amenazándola con echarla si no se le entregaba").

En definitiva, la necesidad económica que el mundo del trabajo no sólo no soluciona sino que enfatiza al evidenciar la vulnerabilidad sexual femenina, es la causa de la caída o de la perdición. De esta manera, la protagonista adquiere nuevamente la condición de víctima.

En la novela, el comercio sexual adquiere dos estilos: un cliente estable - "amantes que les daban dinero"-, o bien clientes ocasionales -"la casa de citas"- . Éste se representa como una actividad que se combina con la actividad laboral asalariada, y permite así la complementariedad de los ingresos. Por otra parte, en los prostíbulos -"las casas de citas"-, aparecen las mujeres abocadas exclusivamente al comercio sexual, es

²³ Gálvez, *Op. Cit.*, p 42-43

decir, que alternan clientes y no practican actividades asalariadas. Ahora bien, una nueva situación comienza cuando algunos de los clientes convierten a estas mujeres en sus amantes, de manera tal que las llevan a vivir con ellos y devienen en sus “queridas”, rodeadas de bienestar material y alejadas del mundo del trabajo. Así se establece una especie de acuerdo tácito, según el cual ellas ofrecen compañía, diversión y sexo, mientras que reciben casa, comida y comodidades materiales. Esta será la situación de la protagonista.

De esta manera, el relato introduce la prosperidad material, ausente en la costurerita de Carriego, que Nacha conquista de una manera nada prestigiosa gracias a su práctica del comercio sexual. Sin embargo, esta solución a los problemas materiales es transitoria porque la amenaza del abandono ante el envejecimiento y la enfermedad, acecha a las mujeres que han seguido el camino de la protagonista

Las caídas y las perdiciones de la novela de Gálvez son metáforas que traducen el “mal paso” de Carriego. Ambas representaciones remiten a prácticas sexuales incorrectas de las trabajadoras asalariadas, que son motivadas por una imperiosa necesidad económica y, por lo tanto, se realizan a cambio de dinero. El bienestar material sólo puede obtenerse a través de la prostitución, pero esta situación es tanto precaria como socialmente repudiable.

2. c. El “mal paso” y la pasión

La sexualidad femenina fuera del matrimonio heterosexual se problematiza también en “La vendedora de Harrod’s”²⁴ una novela escrita por Josué Quesada y publicado en 1919 dentro de la colección de *La Novela Semanal*. En este relato, el “sacrificio” es la expresión que traduce el “mal paso” de Carriego. Así, el “sacrificio” añade al ejercicio indebido de la sexualidad femenina el componente de la pasión amorosa.

La identidad de la protagonista del relato se designa a partir de su ocupación en el mercado de trabajo, de la misma manera que en el poema de Carriego. Carmen es identificada indistintamente como una “muchacha empleada”, una “humilde vendedora” o una “modesta obrera”, de manera que empleada, vendedora y obrera remiten a su

²⁴ Quesada Josué, “La vendedora de Harrod’s”, *La novela semanal*, n° 69, 10 de marzo de 1919. En Labeur, Paula (selección y prólogo). *La Novela Semanal 1917-1926*. Tomo IV. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, Diario Página 12, 1999. pp. 13-35.

condición de trabajadora asalariada, mientras que humilde y modesta remiten a condición de miembro de los sectores de bajos ingresos que viven en el límite inestable del déficit presupuestario.

Carmen con su trabajo asalariado mantiene a su grupo familiar integrado por la madre viuda y cinco hermanos pequeños (“ella (...) desde los catorce años debió aportar a su casa el tributo del pan de cada día”²⁵). Así, al igual que en *Nacha Regules*, es la necesidad económica la que llevó a Carmen al mundo del trabajo, pero a diferencia de Gálvez, el espacio de la tienda construido por Quesada permite a la protagonista satisfacer austeramente las necesidades materiales de ella y su grupo familiar. De esta manera, en la novela, el puesto de vendedora es mejor en cuanto a remuneración, que un empleo anterior como costurera. En un primer momento, Carmen trabajó como costurera, pero esta actividad no le permitió obtener los ingresos suficientes para cubrir las necesidades básicas de su familia. El puesto de vendedora en la tienda, solucionó el déficit presupuestario.

Ahora bien, Quesada representa la incompatibilidad entre el mundo doméstico y el mundo del trabajo asalariado. Por un lado el personaje de la madre de la protagonista no asume el papel de proveedora del grupo familiar y lo delega en su hija mayor, Carmen, porque ella, como madre, se ocupa de la crianza y cuidado de sus otros hijos. Por otro lado, Carmen vive el dilema de tener que elegir entre el empleo en Harrod’s o el casamiento con su pretendiente, un joven de su barrio. Si la protagonista se casara, debería dejar el empleo para dedicarse a las tareas domésticas, ya que el marido asumiría el papel de proveedor. Ahora bien, si Carmen dejara las tareas asalariadas, su propio grupo familiar no podría cubrir las necesidades de subsistencia:

Así, la protagonista posterga su enlace porque asume su papel de proveedora con el objetivo de abastecer a su grupo familiar, pero esto la vuelve infeliz (“sentía partirsele el corazón cada vez que debía desviar los proyectos de su novio hacia otro terreno”).

Juan Manuel, el protagonista masculino, es miembro de una acaudalada familia cuyo padre estanciero vive preocupado por la fortuna familiar y el prestigio de los apellidos. En Harrod’s y en la calle, a la salida de la tienda, Carmen sufre el asedio de Juan Manuel quien se siente atraído por la belleza física de la vendedora. El asedio se produce a través de miradas, intentos de conversaciones, persecuciones “a prudente

²⁵ Quesada, *Op. Cit.*, p. 21.

distancia”, tácticas de observación²⁶: “he sentido por usted desde el primer día una viva simpatía, que creí, tal vez fuera correspondida por usted”²⁷, confiesa Juan Manuel a la vendedora. En un primer momento Carmen ofrece resistencias a tales asedios:

“Le ruego no me moleste, (...) usted me compromete²⁸; no puedo atenderlo. Tengo mi novio; (...) ¿Usted cree (...) que yo pueda suponer por un instante que usted tiene por mí algún sentimiento honesto? (...) Hablo por la experiencia dolorosa que han sufrido tantas compañeras que han concluido tan mal”²⁹.

A diferencia de las protagonistas de Carriego y de Gálvez, la vendedora de Quesada no es ingenua y manifiesta su desconfianza hacia la propuesta de su seductor, desconfianza que se fundamenta en los recorridos biográficos (“experiencia dolorosa”) de otras trabajadoras de la tienda. Sin embargo, el asedio de Juan Manuel logra sortear las resistencias de Carmen: “[Carmen] caviló muchas tardes cada vez que lo veía, hasta que al fin sintió flaquear sus fuerzas y consintió a sus reiteradas insistencias de amistad”³⁰. Así, la seducción de la vendedora (“reiteradas insistencias de amistad”) abre el relato a la pasión amorosa en la que los protagonistas devienen “querida” y “amante”:

“Carmen había transigido con las pequeñas exigencias de Juan Manuel, y en más de una oportunidad aceptó llegar hasta las proximidades de su casa en automóvil. La primera vez, fue el pretexto de una lluvia torrencial; luego el de dar una vuelta y, por último, ¿por qué no confesarlo?, el deseo de los besos apasionados que bien pronto reemplazaron a las palabras. Y llegó el día en que Carmen, confiada en el cariño que él tantas veces le había jurado, acudió a la cita en la ‘garconière’ (...). El sacrificio de su juventud y de su honor se cumplió sin que mediara una palabra (...)”³¹

De esta manera, las conductas sexuales incorrectas dan lugar a una relación amorosa gobernada por la pasión y el placer carnal (“el deseo de los besos apasionados”, las citas en la garconière) que involucran a ambos protagonistas.

Sin embargo, en el relato, las concepciones sociales que caen sobre cada uno de ellos son diferentes. Una “aventura” para Juan Manuel que fácilmente puede repararse con el abandono y el olvido. El estigma social para Carmen, que la condena con

²⁶ Quesada, *Op. Cit.*, pp. 16-17

²⁷ Quesada, *Op. Cit.*, p 22

²⁸ Quesada, *Op. Cit.*, pp. 18

²⁹ Quesada, *Op. Cit.*, p 22

³⁰ Quesada, *Op. Cit.*, p 21

³¹ Quesada, *Op. Cit.*, p 25

rumores (“habladurías de la gente”) en el vecindario y produce no sólo la ruptura de su noviazgo, sino también la mudanza de Carmen y su familia.

A lo largo de los dos años que dura la relación, el departamento (la *garconière*) de Juan Manuel funcionará como espacio de intercambio sexual. Carmen mantendrá su puesto de vendedora, al tiempo que su grupo familiar se beneficiará de la generosidad material del protagonista:

Según hemos visto anteriormente, el puesto de vendedora había permitido a Carmen satisfacer las necesidades básicas -vivienda y comida- de su grupo familiar. La relación con Juan Manuel mejorará considerablemente el bienestar material de la familia (transformación del mobiliario, cambios en la alimentación) y de Carmen (mejora de su ajuar). Si bien la madre de Carmen es cómplice de la conducta sexual inapropiada de su hija, al aceptar los beneficios que ella le trae aparejada, no deja de temer por el futuro y el ejercicio del papel de proveedor familiar. “Mirá Carmen lo que hacés. Pensá en tus hermanitos y en que ellos no tengan nunca hambre”³², aconsejará a su hija ante el temor de que deje de ejercer su función de proveedora.

Una relación amorosa en la que las clases sociales de los protagonistas crean un obstáculo para un final feliz -el matrimonio-, puesto que la fluidez o movilidad social no implicaba que los sectores en ascenso ingresaran a los grupos de la elite socioeconómica. Finalmente el desenlace se produce con el abandono de Carmen, cuando Juan Manuel se somete a las exigencias del padre: el matrimonio con una mujer de su entorno social y el fin de su relación con la empleada.

La pasión amorosa encarna el “mal paso” de la joven porque compromete su sexualidad fuera de la normativa social impuesta. Sin embargo, no es el mundo del trabajo el responsable de la caída de Carmen ya que ella conserva su puesto sumida en la tristeza: la “empleada alegre y atrayente”³³, se convierte en “una muchacha pálida, de lindos ojos tristes, cansados de llorar”³⁴. Continuará ejerciendo el papel de proveedora de su grupo familiar, pero alejada de su proyecto de matrimonio con su novio del barrio, abandonada por Juan Manuel y sumida en la frustración.

2. d. El “mal paso” y el bienestar material

³² Quesada, *Op. Cit.*, p 25

³³ Quesada, *Op. Cit.*, p 26

³⁴ Quesada, *Op. Cit.*, p 35

En “La hija del taller”³⁵, el relato de *La Novela Semanal* que Julio Pablo Fingerit publica en 1921, el autor recurre a la expresión del “mal paso” para problematizar la sexualidad femenina incorrecta y la preocupación por el ascenso social, en el marco del mundo del trabajo. El relato tiene por protagonistas a Andrea y a Anita, madre e hija respectivamente, cuyas biografías transcurren en el mundo de un taller de lavado y planchado.

El personaje de Andrea presenta a una trabajadora exitosa cuyo éxito profesional consiste en haber pasado de trabajadora asalariada a propietaria de un taller de lavado y planchado. Concurrió a la escuela primaria y a partir de los doce años se empleó en un taller de lavado y planchado. Gracias a su constancia laboral (su “apego al deber”³⁶) y a su capacidad para el ahorro sistemático (“fue añascando peso sobre peso, casi con avaricia, con voluntad de crearse un capitalito”³⁷), a los veinte años consiguió reunir una suma de dinero que invirtió en la instalación de su propio taller. A lo largo de dos décadas, Andrea consolidó su emprendimiento (“mi negocio anda bien; tengo buena clientela”, afirmará la madre de Anita).

En el relato, Andrea es víctima de la seducción de Fernando quien la cautivará hasta llegar al matrimonio. A partir de ese momento se desencadena el engaño que sufrirá Andrea:

“Él trabajó al principio. Pero por escaso tiempo. (...) Resultó ser holgazán, bebedor, pendenciero y mujeriego. (...) [Andrea] se enteró de que el dinero que ella le ponía en el bolsillo se iba a beber acompañado de una pérdida cualquiera. Dejó de darle dinero, y como él la amenazara con golpearla, y por fin hasta lo hizo y le arrebató la cartera con el dinero del mes, ella le expulsó de la casa. Él, contento de tener el dinero, desapareció por una semana. Cuando volvió le dijo: -Debes admitirme en esta casa. Yo soy tu marido y, por consiguiente, todo lo que tienes es mío. Si me contrarías, te mataré, porque sospecho que me eres infiel.”³⁸

Según lo anterior, Fingerit crea un modelo de subjetividad masculina alejado de los principios de la domesticidad. Fernando no asume su papel de proveedor porque no sólo vive del producto del taller de su esposa (“es holgazán”), sino que dilapida el dinero que ella produce (es “bebedor, pendenciero y mujeriego”). Personaje violento

³⁵ Fingerit Julio, *La hija del taller*, *La novela semanal* n° 170, 14 de febrero de 1921, en *Labeur*, Paula (selección y prólogo). *La Novela Semanal 1917-1926. Tomo IV*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Diario Página 12, 1999,

³⁶ Fingerit, *Op. Cit.*, p. 45.

³⁷ Fingerit, *Op. Cit.*, p 45.

³⁸ Fingerit, *Op. Cit.*, p 49.

(golpea a su esposa, le roba el dinero que ella se niega a darle), conoce y abusa de sus derechos maritales (“todo lo que tienes es mío”). Sabe cómo manipular a Andrea al amenazarla con la sospecha de la infidelidad.

Finalmente, Andrea, gracias a la ayuda de una de sus clientas, consigue librarse de Fernando. Embarazada y sola -sin pareja- asume su maternidad junto con su papel de trabajadora:

“[Andrea] Formaba resolución de trabajar en adelante con más ardor y firmeza. Nada quedaría por ella a fin de que la chica tuviese todo en este mundo, cuando fuese grande y sintiese necesidad de holgura. Ella, su madre, se lo prepararía lentamente, con seguridad y continuidad inquebrantables.”³⁹

Así, con su actividad laboral Andrea proyecta brindarle a su hija bienestar material. La identidad de trabajadora se imbrica con la identidad de madre. Sin embargo, el relato de Fingerit destaca la imposibilidad de combinar con éxito ambas identidades. El personaje de Anita se aparta de las propuestas de su madre -estudiar magisterio y ejercer la profesión de costurera en el taller de Andrea- y comete el “mal paso” cuando luego de ser seducida por un estudiante de medicina abandona la casa materna. De esta manera, Fingerit acude a la metáfora de Carriego. Al igual que en “La costurerita”, la conducta sexual incorrecta junto con la fuga del hogar definen el “mal paso” de Anita. Sin embargo, podemos marcar dos diferencias respecto del poema.

Una primera consiste en que Fingerit, a diferencia de Carriego cuya costurerita es infantil, ingenua y vulnerable, imprime a Anita una personalidad calculadora. Así la protagonista (“una joven bellísima”⁴⁰) emplea su sexualidad adornada por la juventud y la belleza, como una herramienta para obtener bienestar material. El relato construye una Anita que en un período de tres años cambia de pareja sexual, a la búsqueda de hombres que no sólo la provean, sino que le brinden una copiosa prosperidad material. Así, su primer seductor, el estudiante de medicina, es el futuro heredero de una abultada suma. El éxito de sus búsquedas concluye cuando su amante (“un rico abogado”⁴¹) la convierte en propietaria de una importante vivienda (“un hotelito”⁴²). Anita es representada no sólo como una despreocupada por el estigma social que su conducta sexual le asigna, sino como una mujer deseosa de un bienestar material que se expresa en alhajas, ropa fina, y la casa propia. En el relato, si Anita opta por el camino de lo

³⁹ Fingerit, *Op. Cit.*, P 51.

⁴⁰ Fingerit, *Op. Cit.*, p 37.

⁴¹ Fingerit, *Op. Cit.*, p 37.

⁴² Fingerit, *Op. Cit.*, p 37.

socialmente condenable es porque el mundo del trabajo no le ofrece la prosperidad que le promete el uso incorrecto de su sexualidad.

De esta manera, llegamos a la segunda diferencia con el poema de Carriego. En el folletín de Fingerit, es el mundo del trabajo lo que empuja a las trabajadoras hacia “el mal paso”. El ámbito laboral del taller es representado como un espacio repleto de tentaciones que se metaforizan en las sedas, los linos, las puntillas, los encajes, las fragancias y los perfumes. Estos elementos representan el bienestar y las comodidades materiales que desean las trabajadoras:

“La costurera de fino (...) pegaba un encaje desprendido de una camisa o desgarrado de su sitio; y (...) al hacerlo, soñaba en la forma que había asumido la lucha amorosa en la cual se había desprendido, quizá violentamente, tal puntilla (...). Un perfume de amor emanaba de esas telas (...). Después de soñar con la interpretación de los desgarrones de las puntillas, se (transformaba y alzaba) el vuelo; a obtener (ella) también camisas con encajes y a que otras las cosieran cuando (ella) las (desgarraba).”⁴³

Así, el contacto con las prendas dañadas despierta las fantasías de las costureras y planchadoras quienes reconstruyen imaginariamente el lujo en que se despliega la pasión sexual y anhelan protagonizar esas situaciones. En consecuencia, muchas de ellas aspiran a dejar el trabajo asalariado para convertirse en amantes de aquéllos que se lo propusieran.

Así, el recorrido de Anita es el recorrido de muchas otras trabajadoras del taller de Andrea ya que la joven había observado a lo largo de su crecimiento, muchas situaciones de fugas a la búsqueda del bienestar material:

“La chicuela se hacía mujer en medio de esa atmósfera de caídas, de murmuraciones: Pepa que se escapó con el muchachito del automóvil Ford; Manuela que se fue vivir con el vejete Ciervo, quien le había puesto un departamento; se le iba llenando la cabeza de dudas sobre lo que era mejor o peor. Veía repetirse las deserciones, y a cada deserción era en el taller un comentario sobre lujos, maravillas, dinero gastado jubilosamente.”⁴⁴

En el relato, no todas estas mujeres que abandonaron el mundo del trabajo vivirán indefinidamente dentro de su anhelo de comodidades. Así, el peligro del abandono las persigue.

⁴³ Fingerit, *Op. Cit.*, p 54-55.

⁴⁴ Fingerit, *Op. Cit.*, p 56.

El contrapunto de la biografía de Anita y de las trabajadoras es Andrea, personaje que reivindica su actividad laboral – “su apego al deber”⁴⁵- que le ha permitido un digno y austero nivel de vida –“afición a la austeridad”⁴⁶-, alejado de los excesos de lujo. Sin embargo, Andrea llegará a elaborar la conclusión de que fue el ambiente del taller lo que indujo a Anita a su “mal paso”:

“Andrea venía a descubrir que (...) su oficio de planchadora era un celestinazgo entre los placeres y tentaciones del mundo galante sugeridos por las finas prendas íntimas y la imaginación de las jóvenes que en su taller tenía. Una víctima entre otras había sido su hija.”⁴⁷

De esta manera, en el relato, es el mundo del trabajo el que introduce a Anita tanto en las comodidades lujosas como en las fantasías lujuriosas. El deseo de éstas la induce a cometer el “mal paso”. Así, el comportamiento sexual incorrecto y la fuga del hogar le otorgan a Anita una prosperidad material que en términos comparativos el mundo del trabajo no puede facilitarle. Sin embargo, el veloz ascenso económico del que disfruta Anita, es un tipo de promoción individual que posee el repudio social.

2. e. Ironías del “mal paso”

Nicolás Olivari retoma la construcción del “mal paso” con sus componentes de indebida sexualidad de las jóvenes solteras y conquista del bienestar material, enmarcada en el mundo del trabajo femenino asalariado. La particularidad de estos relatos consiste en el registro irónico que les atribuye un contenido crítico.

El trabajo femenino asalariado se introduce a través de la identidad de las protagonistas de los poemas: la costurerita⁴⁸ y la dactilógrafa⁴⁹. Ellas son instadas a dar el “mal paso” o a entregarse porque éstas son las únicas maneras posibles de lograr bienestar material. Esta representación se puede interpretar como una crítica al fenómeno del ascenso social, ya que la prosperidad material no se puede obtener a través de la participación en el mundo del trabajo:

⁴⁵ Fingerit, *Op. Cit.*, p 45.

⁴⁶ Fingerit, *Op. Cit.*, p 45.

⁴⁷ Fingerit, *Op. Cit.*, p 65.

⁴⁸ Olivari Nicolás, en *La amada infiel* (1924)

⁴⁹ Olivari Nicolás, “Canto a la dactilógrafa”, en Olivari Nicolás, *La musa de la mala pata*, Buenos Aires, CEAL, 1992. (1era edición 1926), pp. 21-22

En el caso de las dactilógrafas, las largas jornadas de trabajo, los bajos salarios, la desagradable rutina laboral, sólo pueden ocasionar falencias materiales y conducir a una situación de frustración:

Muchacha...

-quizás ganes sesenta pesos al mes-
la miseria te obligará a mostrar la hilacha
¿Qué? ¿Diez horas de trabajo en la oficina
no te han colmado de rabia todavía?

Adiós al mostrador, la miserable faena,
el suplicio de la máquina, el sufrimiento mudo

La solución a las falencias (“la miseria”) y la frustración (“la rabia”, “el sufrimiento mudo”) es “la entrega”:

escucha este consejo:
entrégate a un burgués.

¡Véndete lo mejor posible y al mejor postor,
ya es hora de cambiar tus alhajas de similar,

¿Qué esperarás para entregarte?

Lo afirma la leyenda: tendrás que sucumbir.

Y caíste: bien ¡hurra!, ¡aleluya!
es muy lógica esa satisfacción tuya:
tu antigua vida ya es una lejanía...

Cara ex-dactilógrafa, actualmente prostituta,
tu caso es un simple caso de permuta
en la bolsa social.

De esta manera la dactilógrafa ha devenido prostituta y ha trocado la identidad de trabajadora asalariada por la de “amante mantenida”, como hiciera Nacha Regules. Es la caída, la entrega, lo que le traerá bienestar material metaforizado en el cambio de las “alhajas de similar” y una situación de conformidad (“satisfacción”). En definitiva, el mundo del trabajo sólo puede brindar enfermedad, miseria, largas y extenuantes jornadas que nunca se traducirán ni en realización personal ni en ascenso social.

En este relato alejado del tono de condena de los relatos anteriores, el tono irónico habilita una crítica hacia la sociedad capitalista en donde el mundo del trabajo sólo es alienación y por lo tanto, no puede ofrecer promociones ni individuales ni sociales. Olivari construye la crítica mediante la apelación a la imagen del “mal paso” y a sus sentidos estigmatizadores que, sin embargo, son desarticulados a través del uso de la celebración exagerada - Y caíste: bien ¡hurra!, ¡aleluya!-.

3. A manera de conclusión: a la búsqueda de las promociones sociales

El “mal paso” constituye una imagen opaca que en los relatos ficcionales analizados adquiere diferentes significados. Éstos, si bien están homogeneizados por el componente de una sexualidad femenina indebida e incorrecta, se asocian con el abandono del hogar familiar o casa materna, el ejercicio de la prostitución, la pasión amorosa, la prosperidad material. La construcción del “mal paso” opera como una representación condenatoria de las mujeres trabajadoras porque ellas son las protagonistas de todas esas situaciones que están muy alejadas de los mandatos normativos del modelo de la identidad genérica diagramado por los principios de la ideología de la domesticidad.

Sin embargo, a pesar del tono condenatorio que predomina en los relatos analizados, es posible encontrar otras imágenes que introducen un replanteamiento sobre las adversidades morales y corporales del mundo del trabajo femenino. En la novela de Gálvez, se menciona a las vendedoras primeras quienes están enfrentadas con las vendedoras de la categoría de Nacha porque acaparan las comisiones e incrementan sus salarios. En la novela de Quesada, el puesto de vendedora es una posición mejor remunerada que la antigua ocupación de costurera, y si bien la protagonista vive en la austeridad, puede superar el déficit presupuestario de su hogar gracias al empleo en la casa comercial. En el relato de Fingerit, el taller de planchado y lavado es un emprendimiento exitoso que ha permitido a su propietaria la educación de su hija. Lo

que la propietaria espera de ella es que permanezca en el mercado de trabajo como maestra o bien como costurera. En definitiva, estas representaciones nos invitan a preguntarnos por las promociones que las mujeres podían encontrar en el mundo del trabajo. Estas promociones se asocian con una búsqueda de mejores puestos laborales cuya mejoría consistía en mejores remuneraciones o posiciones socialmente más prestigiosas.

De acuerdo con la identidad de género normativa, la máxima promoción de cualquier mujer, las trabajadoras entre ellas, era el matrimonio cuyo éxito consistía en la elección de un candidato que practicara exitosamente su función de proveedor material, y de esa manera alejara a las mujeres del mercado de trabajo. Esto fue ironizado magistralmente en las crónicas periodísticas de Roberto Arlt en las que el autor retrató a las jóvenes casaderas apremiadas por el paso del tiempo en la búsqueda de sus candidatos⁵⁰. También Alfonsina Storni desplegó su ironía desde la columna femenina de *La Nación*, al retratar a “las irreprochables” o a “las costureritas a domicilio” quienes perseguían el objetivo de un “buen partido”⁵¹. Sin embargo, tanto Arlt como Storni dieron vida a empleadas de escritorio y maestras que se negaban a casarse porque disfrutaban de su condición de asalariadas autosuficientes, o bien que demoraban su matrimonio ante la búsqueda de un candidato que reuniera requisitos intelectuales y no sólo económicos⁵².

De esta manera, estas representaciones que instalan la problemática de la promoción femenina en el mercado de trabajo contribuyen a corroborar la permanencia femenina en las actividades laborales, la cual se podría explicar por la participación en el proceso de ascenso social del grupo familiar, la jefatura femenina del hogar, o bien

⁵⁰ Queirolo Graciela, "A la búsqueda de la promoción social: entre el matrimonio y el empleo. Representaciones del trabajo femenino en las crónicas de Roberto Arlt", en *Temas de historia argentina y americana* 8, Instituto de Historia Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Católica Argentina, enero-junio 2006.

⁵¹ Tao Lao, “La Irreprochable”, en diario *La Nación*, p. 6, domingo 5 de Septiembre de 1920, Tao Lao, “La Irreprochable”, en diario *La Nación*, segunda sección, página 6, columna Bocetos Femeninos, domingo 5 de Septiembre de 1920.

Tao Lao, “La Costurerita a Domicilio”, en diario *La Nación*, pp. 6 y 7, domingo 4 de julio de 1920.

⁵² Tao Lao, “¿Por qué las maestras se casan poco?”, diario *La Nación*, segunda sección, domingo 13 de marzo de 1921, p. 4. ROBERTO ARLT, “Opina una soltera”, diario *El Mundo*, 2 de octubre de 1931, en ROBERTO ARLT, *Secretos femeninos. Aguafuertes inéditas*, Biblioteca Página 12, Buenos Aires, Agosto 1996, p. 84.

cierta satisfacción personal –realización, promoción individual- en el desempeño de una actividad asalariada.